

Juan Andueza L.

Los tipos psicológicos en la caracterología

¿Qué problema más complejo y apasionante puede ofrecerse al hombre que el conocimiento del alma de los demás?

Desde el momento que el individuo se enfrentó por vez primera con otro individuo de su especie, ha tenido que suscitársele esta cuestión vital: ¿qué intenta, qué proyecta, qué piensa aquél, que es para mí un enigma?

El resultado de esa necesidad primordial de estudiar y comprender el pensamiento ajeno fué la experiencia atesorada en las religiones, los hábitos, las tradiciones, los proverbios, la poesía, el propio lenguaje.

Los grandes cerebros de la antigüedad no se contentaron con meros empirismos y acometieron la empresa de manera más científica. Me será permitido recordar por lo menos a Galeno, cuyas doctrinas vienen a cobrar hoy día cierto sabor de actualidad y a confirmar una vez más lo eterno del flujo y reflujo de las ideas y la lentitud con que va ganando altura aquella espiral de la ciencia que en cada vuelta parece tocar de nuevo su punto de partida; al extremo de que, a veces, la novedad estriba simplemente en los términos y se bautizan con nuevos nombres las mismas cosas viejas.

Ese flujo y reflujo se advierte en cada nueva teoría científica de entidad. Una vez aparecida, viene el período que Marañón ha denominado «hiperbólico» por el alcance desmesurado que se atribuye al descubrimiento. Más tarde llega, en cambio, el período «hipercrítico» en que se exageran con

ardor los defectos de la doctrina, dejándosela buena para nada. Sólo el andar del tiempo pone a la postre las cosas en su exacto lugar, en la etapa clásica, equidistante de los extremos del entusiasmo y de la censura.

Distinguía Galeno cuatro temperamentos fundamentales: el sanguíneo, el flemático, el colérico y el melancólico, según si en el sujeto predomina la sangre, la linfa, la bilis o la atrabilis. Que ésta no era una clasificación de todo «atrabiliaria» lo revela el sólo hecho de haberse incorporado tales denominaciones a todas las lenguas, donde viven hasta hoy.

Pues bien: esa teoría de los humores resulta más cercana de lo que pudiera deducirse de los dieciocho siglos que las separan, de la doctrina endócrino-humoral que se presenta hoy como la última palabra de la ciencia y que relaciona estrechamente las variedades del carácter con esos agentes misteriosos que en la circulación vierten oscuras glándulas internas y que condicionarían desde la forma del cráneo y el grueso del tobillo hasta la más sutil de las emociones. Me refiero a las secreciones endócrinas. Naturalmente, las nuevas teorías hormonales emplean calificaciones mucho más complejas, aunque no más eufónicas, que Galeno, y así, Pende, ilustre e inmodesto campeón de ellas habla del tipo «bradipsíquico, catabólico, taquipsíquico, tachiprágico, hipoesténico y longilíneo», y todavía como categorías meramente provisionales...

Pero no puede negarse que desde los tiempos de Galeno se ha avanzado en la materia, gracias no sólo a los progresos de la ciencia sino también a otros factores heterogéneos, algunos de los cuales he insinuado ya.

¿No acabamos de leer, por ejemplo, que manipulando adecuadamente tales glándulas y secreciones, se sostiene en Londres haber producido «super-animales»: gatos como panteras; ratas que dominan a gatos no transformados; ovejas que, olvidadas de su mansedumbre atávica, ostentan fortaleza y agresividad de toros de lidia? ¿Y no se llega a afirmar que, administrando los mismos productos biológicos que sirven para crear tales «super-brutos» se espera producir, como quien dice sintéticamente, el super-hombre soñado por Nietzsche, el hombre invencible, desconocedor del miedo y de la compasión?

Pero descartando tales fantasías a lo «Frankenstein», diremos que el adelanto de la caracterología no ha sido del todo ajeno a los propios hombres de letras. Las poetas, que no son simples «embotelladores de nubes» como algunos creen, bucea-

ron siempre con intuición genial en el misterio del corazón humano. Con los filósofos y moralistas han arrojado haces de luz en los arcanos del psiquismo. Bastará citar nombres como los de Teofrasto, Aristóteles, Pascal, Rousseau, Cervantes, Loyola, Molière, Santa Teresa, Shakespeare, Goethe, Stendhal, Dostoiewsky, Proust, Ibsen, Andreieff y tantos otros analizadores de almas, propia o ajenas.

Cooperó también al progreso aludido, la psiquiatría, que estudiando a los locos permitió comprender mejor a los cuerdos. Por algo se ha dicho que todos tenemos algo de ellos. Papini, con su sarcasmo habitual, se burla de lo anterior al decir en «Gog» que «se adoptó audazmente el delirio como punto de partida, aferrando de este modo lo que no pudo ser aferrado por ninguna clase de razonamiento». Pero lo que así se presenta como paradoja tiene más lógica de la que se piensa puesto que a menudo no son los locos sino caricaturas de los temperamentos considerados normales, los que pueden ser inferidos, entonces, por analogía.

Y si esa analogía resultara molesta, más lo será el comprobar cuán valioso es el aporte de la psicología animal al estudio del «homo sapiens». Allí está Pavlow para demostrarlo. Como se sabe, este gran biólogo ruso ha consagrado puede decirse que su vida entera a estudiar en los perros el flujo de la saliva y del jugo gástrico, incluso en los momentos en que enfrentan a su odiado enemigo el gato. Esta, que alguien habrá considerado simple manía de sabio desocupado, ha hecho posible inferir leyes generales que rigen no solamente la conducta de los animales sino también de los humanos. En efecto, perturbando los hábitos creados al cuadrúpedo y desorientándolo en las asociaciones que pacientemente despertó en ellos en la forma de tomar alimento, por ejemplo, logró producir en los canes verdaderas crisis histéricas o neurasténicas que no por manifestarse en aullidos o agitación dejan de estar emparentadas con el genuino «cafard» o el aristocrático «spleen». Y así ha podido pasarse del «reflejo condicionado» ya famoso, a la asociación de ideas y a las reacciones de la experiencia humana.

Citaremos también la contribución de la pedagogía, que a la manera del caso de los locos, tanto ha podido avanzar con el estudio de los imbéciles y retardados; el de la psicología experimental, cuyas conclusiones son irremplazables aunque

—no hay que olvidarlo—siempre parciales y fragmentarias; el de la introspección, la intuición, etc.

Era ya tiempo de que el hombre dejara de ser un misterio para el hombre. Si miramos los Códigos, por ejemplo, advertiremos que sólo ese desconocimiento justifica reglas tan generales como la que en todos los países prescribe que los actos delictuosos se reputan voluntarios. El legislador previó la imposibilidad en que el Juez habría de encontrarse para penetrar en la conciencia de cada procesado, imposibilidad que para algunos hace grotesco que un hombre, o varios, puedan juzgar a un semejante. Flaubert, por ejemplo, dice que tal espectáculo lo haría morir de risa si no le inspirara tanta lástima. Así se explica también que en los pueblos en que fallan los jurados se entregue al arbitrario y emotivo «sí» o «no» de personas elegidas a la suerte, es decir a un verdadero «cara o sello», hasta la propia vida de los reos. Parece estimarse que en materia de tan honda psicología tanto da confiar la decisión a jueces especializados o técnicos como a cualquier hijo de vecino. Y eso a pesar de que, como lo hace notar un humorista, «bastan dos copas de coñac o dos grados de fiebre, o, menos que eso, simplemente que aprieten los zapatos para que cambie el modo de pensar y de sentir», o mejor dicho, de sentir y de pensar de esos hombres...

Esa misma ignorancia psicológica puede explicar también nuestro actual sistema de pensar: se toma un delincuente, se consulta en el recetario la pena prescrita a su delito, se extraen de los respectivos casilleros del Código algunas atenuantes taxativas y otras agravantes, se revuelve todo consultando la tabla de compensaciones, y el resultado será tantos días, meses o años de presidio.

Ante tal exceso de apriorismo y rigidez de la ley se inclinaría uno más bien a justificar con todas sus exageraciones, métodos de indagación como el psico-análisis, que, escrutando las más leves reacciones del sujeto, da un valor desmesurado a actos como las torpezas, «lapsus», equivocaciones o interpreta a su manera los sueños y las mismas neurosis, considerándolos a todos como especies de puertas falsas por donde, burlando la censura de la conciencia moral, se escapan disfrazados recónditos deseos o impulsos latentes relegados en el oscuro desván de la sub-conciencia, del que pugnan por salir a toda costa. Como el portero de la censura interna les impide el paso, acuden entonces al subterfugio de encubrirse en

forma de actos simbólicos o de sueños, que tendrían por misión mantener el equilibrio del alma depurándola de deseos o instintos infecciosos.

De modo que si al partir a la oficina tropezamos en el umbral, es porque habríamos preferido quedarnos en casa; si nos viene una crisis nerviosa, se debe a que deseamos que nos mimen o compadezcan y si soñamos deleitándonos con un plato de callampas, es porque muy en el fondo nos halagaría que nuestra suegra se intoxicara con unos hongos venenosos... De igual manera nos traicionarían nuestros actos fallidos, como a aquel presidente del Reichstag que, temiendo sin duda una sesión borrascosa, comenzó dándola por levantada en vez de abrirla, o como le ocurre a la criada que contesta a la visita importuna: «dice la señora que no está»...

Con todo, parece que al psico-análisis le ha llegado la etapa hipercrítica, pues de Fleury lo califica nada menos que como «una enorme indecencia y un enorme error» y Boll asevera que su aporte a la psiquiatría se reduce estrictamente a cero, en tanto que para Freud y sus discípulos, todavía en la fase hiperbólica, la historia del pensamiento humano se divide en dos grandes épocas: la anterior al psico-análisis y la posterior a él...

Pero volvamos a la clasificación de los caracteres. Veámos que la de Galeno se basaba en diferencias de carácter afectivo o emocional. Lógicamente tenía que ser así ya que las reacciones emotivas están más en evidencia y permiten ser apreciadas con facilidad mayor. Pero si los afectos son ostensibles, no son los únicos determinantes de la conducta, como lo prueba el hecho mismo de que nos excusemos de errores o arrebatos y aún de rasgos de heroísmo diciendo que hemos obrado al impulso de la emoción. Luego hay otros factores que pueden decidirnos. Si no fuera así, también los arrebatos serían para la ley eximentes y nó atenuantes. La personalidad efectiva es sólo un aspecto del individuo.

Naturalmente, las divisiones o clasificaciones que puedan hacerse de los temperamentos y caracteres pecarán siempre de convencionales. La naturaleza es infinitamente compleja en sus variedades y matices y resulta harto difícil encasillarla en compartimentos. La uniformidad no existe en el mundo. Sólo hay individuos, sin que nada se repita en el tiempo ni en el espacio. Para algunos, agrupar tipos es proceder como

aquel analizador que, comisionado para el examen de cien muestras de leche, las juntó en un recipiente para hacer un ensayo único.

En otra oportunidad tratamos ya de la clasificación hecha por los conocidos psiquiatras franceses, Delmas y Boll, sobre la base de las tendencias efectivo-activas del individuo, aclaradas a la luz de la patología mental. Ellos consideran que las psiconeurosis, o sea aquellas perturbaciones que no acusan lesiones orgánicas sino anomalías del funcionamiento psíquico, son meras exageraciones o—como antes dije—caricaturas de disposiciones congénitas compatibles con la vida normal que, agudizadas por causas oscuras, sacan al individuo de esa normalidad aparente y lo sumen en la psicosis, haciéndolo transponer aquella zona intermedia, hartamente indecisa, de la rareza, la extravagancia, la semi-locura en que se debaten los vulgarmente llamados excéntricos, «chiflados» o desequilibrados.

Tales disposiciones innatas son la «paranoide», la perversa, la mitómana, la ciclótica y la hiperemotiva.

Los *paranóides* se caracterizan por la desmesurada idea que tienen del «yo»; por una exageración del orgullo, con mezcla de recelo o desconfianza para los demás y con un concepto exagerado de sus fueros o derechos que puede conducir a los delirios de grandeza, persecución, interpretación o reivindicación. Son «paranóides», ordinariamente, las denominadas personas de mal carácter, que tienden a verlo todo por el vidrio deformante de una presunta hostilidad de los demás. Insaciables en lo que respecta a derechos, honores, consideraciones, no olvidan el más leve desconocimiento, real o presunto, de ellos. Propensos a interpretarlo todo tendenciosamente, se hacen odiosos y dejan por donde pasan un reguero de dificultades y querellas. Nunca están satisfechos y siempre están reclamando.

La constitución *perversa* presenta como rasgos esenciales la inmoralidad, el desafecto, la ingratitud. En ella forman los incorregibles que desde la más tierna infancia acusan su falta de sentido moral, copiando los vicios de los adultos, maltratando a los demás niños, molestando por placer. Ciegos para el bien y el mal, los delitos son para ellos simples trasgresiones policiales, y la vida de familia, la escuela, la fábrica o el cuartel les son insoportables. De uno de ellos, sin duda, decía Lombroso, estudiándolo: «Creo que comenzó a robar en el seno de su madre».

Advertiremos que para otros no es ese un tipo propiamente psicológico sino más bien criminológico o psiquiátrico. Pero en realidad la ceguera moral no se halla sólo en las cárceles y manicomios.

En cuanto a la constitución *mitómana*, se caracteriza por el incontrolado dominio de la imaginación, que hace al sujeto distinguir apenas los hechos reales de los que sólo son fruto de sus vívidas representaciones mentales. Disfrazando siempre voluntariamente los hechos, forjando toda suerte de embustes. Son excesivos en todo. Se dislocan por llamar la atención, por ser el eje del interés de los demás. Prefieren incluso el ridículo a pasar inadvertidos. Según los patólogos diversas manifestaciones histéricas, como convulsiones, parálisis nerviosas, contracturas, etc., pueden obedecer muchas veces en el fondo a esa simple necesidad de que se ocupen de ellos.

Inclinados a las acusaciones calumniosas, proporcionan desagradados a la justicia y a los particulares, pues el desconocimiento de la psiquiatría hace que se les preste a menudo crédito. Así, estarán todavía frescas las molestias que aquel criminal y mitómano indochino impuso a personas respetables y aún a diplomáticos atribuyéndoles absurdas complicidades en su delito. La prensa favorece, por desgracia, su inclinación a la notoriedad. Conservo el relato que reprodujo en una ocasión, en llamativos caracteres, de un *huaso* que decía haber encontrado en plena cordillera una ciudad fantástica. En otra oportunidad estuvo a punto de ser linchado en Valparaíso un dueño de «minuta» acusado aparatosamente y por escrito de haber dejado mudo al denunciante cortándole las cuerdas vocales con un cuchillo en la oscuridad de su bodega. Se trataba evidentemente de un caso de mutismo histérico. Más tarde el comerciante era absuelto, pero deprimido y arruinado con el suceso, no tardó en morir.

No hace mucho narraba una muchacha a la justicia porteña la forma espeluznante cómo un notorio suicida había sido asesinado, mientras ella era narcotizada (los mitómanos tienen debilidad por la historia del cloroformo) y en seguida secuestrada, embarcada misteriosamente al norte, encerrada de nuevo en un subterráneo, etc. La narración era tan verosímil como la de Rocambole y creí de mi deber hacerlo notar en un diario. Pues bien, no faltó un periodista de esta capital que dijera que muy altos habían de estar los misteriosos asesinos del suicida cuando había abogados que espontáneamente salían a

la palestra a defenderlos por anticipado... Todo esto pasa por no haber leído u oído nunca una vulgarización de psiquiatría.

¿Y acaso un armador venido a menos no se entretuvo ha poco en llamar la atención del mundo y en jugar con la desesperación de los Lindberg tejiendo una complicada novela de sus tratos con los raptores?

Pero pasemos a la constitución *ciclotímica*. Alternativamente excitados o deprimidos, los ciclotímicos no conocen la constancia del humor o de la actividad. Los veremos por etapas alegres o excitados; verbosos, optimistas, comunicativos y otro día fatigados, deprimidos, tímidos, decaídos, temerosos del porvenir y pesarosos del pasado: el ciclo de la excitación ha sido reemplazado por el de la depresión.

Exacerbada esa tendencia, puede llevar a la psicosis maníaco-depresiva, antes llamada locura circular por alternarse la exaltación y la melancolía.

Más adelante volveremos a ver este tipo, que sirve de base a la clasificación de Kretschmer.

Nos queda la constitución *emotiva*, que se distingue por la intensidad y duración con que el individuo reacciona ante los sucesos o situaciones. Podría comparársele con una caja de resonancia que multiplica la fuerza de las impresiones, o, si se prefiere la figura de Rousseau, con un desollado vivo expuesto a todas las intemperies.

Cruzados los linderos de la anormalidad, se presentan en él las fobias, obsesiones, estados angustiosos o de ansiedad que pueden hacerle imposible la vida social y que están estrechamente vinculados a la afectividad.

Muchos de los llamados aprensivos, tímidos, impresionables o nerviosos, son precisamente de estos emotivos, a quienes trastorna cuanto sale de la rutina que se han trazado precisamente para evitar cualquier exceso de emoción. A veces necesitan recurrir a la droga heroica o al latigazo alcohólico para embotar su sensibilidad o elevar su tono vital.

Vimos en otra oportunidad que la propia creación artística o científica podía ser la forma sublimada en que se escapa la tensión emotiva. Tal es el caso, citado entonces, de Beethoven, Miguel Angel, Schiller, Byron, Poe, Stendhal, Rousseau, o de los que, como Amiel o Becquer sangran sin término.

Hay que reconocer, no obstante, que, por atrayente que pueda considerarse en la psiquiatría la clasificación de Delmas y Boll, resulta menos satisfactoria en psicología normal, por mucho que aquellos se ingenien en ampliar su aplicación. Así, sostienen que las constituciones enumeradas corresponden a tipos extremos y que en el polo contrario de cada categoría existe el tipo opuesto mientras en el justo medio se halla el normal. (Sin embargo, en la disposición ciclotímica no se ve muy claro ese polo contrario, a menos que se contraponga una fase con otra de la misma disposición.) Agregan que entre uno y otro extremo no hay propiamente condiciones opuestas en el sentido de calidad sino más bien de cantidad. Por ejemplo, en la constitución perversa no existiría maldad como elemento positivo sino una escasez de sentimientos de piedad, sociabilidad, etc., que permite el predominio de los impulsos crueles, egoístas y demás análogos. Con lo cual el malo viene a ser algo como un menos bueno por defecto de cantidad.

Lo mismo pasaría con la emotividad, a la cual se contrapone la impavidez, que entraña una falta extrema de sensibilidad, una apatía o frialdad separada de la impresionabilidad máxima por una serie de gradaciones en cuyo centro se hallaría el tipo ecuánime que reacciona sin exceso ni defecto a los choques del exterior.

Ese esfuerzo de adaptación de la doctrina es, sin duda, meritorio pero no del todo convincente, al menos para todos los tipos de disposiciones afectivo-activas; de manera que no satisface por entero las necesidades de la caracterología. Con todo, sus autores no se amilanan y el más destacado de ellos, Achille-Delmas, acaba de pasar al Congreso de Alienistas reunido en Limoges en Julio último, una comunicación en que insiste en sus puntos de vista y sostiene que el concepto de constitución, entendido en la forma antedicha, continúa siendo el eje de la psicología tanto normal como patológica. No puede menos de admitir, con todo, que sus constituciones psicopáticas sólo comprenden veinte hombres en cien, porcentaje que en el estado puro de aquellas no alcanzaría cinco, formado en sus tres cuartas partes por la ciclotimia y la hiperemotividad que encerrarían así a la gran mayoría de las almas enfermas.

Hay que convenir, entonces, en que para la generalidad de los casos, más que de constituciones habría que hablar de tendencias mentales.

El enorme predominio que Delmas atribuye, en la tota-

lidad de las personalidades morbosas, a sólo dos de sus tipos afectivo-activos lo hace acercarse a la escuela alemana, pese a sus protestas contra Bleuler y sobre todo contra Kretschmer.

Veamos, para apreciarlo, las doctrinas de este famoso profesor de Tubingia, advirtiéndole que no resulta cómodo sintetizarlas por ser un tanto técnicas y complicarse con elementos biológicos. Por esto último sus calificaciones son conocidas como los «bio-tipos» de Kretschmer, nombre que usa también para las suyas el renombrado tratadista Pende.

Según Kretschmer, es el carácter el conjunto de las posibilidades de reacciones afectivas y voluntarias tales como se han formado en el curso de la evolución. Resultan por lo tanto condicionado por las disposiciones hereditarias y también por factores extraños al individuo mismo. La noción de *carácter*—de puro orden psicológico—tiene de común con la de *constitución* el que una y otra se vinculan a las cualidades psíquicas hereditarias; pero el carácter mira además a los factores del exterior, y la constitución, a elementos orgánicos ajenos al carácter.

El temperamento intervendría en el carácter revistiéndolo de una tonalidad afectiva, o bien refrenando o impulsando el ritmo psíquico. El lazo de unión entre ambos no sería otro que las hormonas o secreciones internas y este mismo lazo humoral relacionaría además el temperamento con la morfología, esto es con la conformación corporal.

Volvemos aquí, pues, a correlacionar la enfermedad mental con la disposición constitucional. De las dos psicosis fundamentales: la esquizofrenia y la psicosis maniaco-depresiva infiere Kretschmer dos modalidades amplias de los temperamentos: la del esquizoide y la del ciclotímico, cada una de las cuales está regida por un grupo de glándulas: la primera por las grandes glándulas viscerales y la última, por las endócrinas. Como en la doctrina de Delmas, la distinción entre la psicosis y el temperamento viene a ser sólo cuestión de cantidad.

El temperamento esquizoide se relaciona con la sensibilidad afectiva; el ciclotímico, más bien con lo que se denomina el «ritmo psíquico», o sea la mayor o menor aceleración de la actividad

En el esquizoide, las modalidades van desde la sensibilidad hiperestesiada del emotivo hasta la anestesia extrema del indolente o apático. A él pertenecerían los sensibles a las bellezas naturales y artísticas; los «soñadores despiertos»; los

afectivos o tiernos; los susceptibles, y en el extremo contrario, los distraídos y ensimismados; los reconcentrados en su autismo que crean su mundo interior y viven en perpetuo soliloquio, perdiendo el contacto vital y renunciando al comercio con los semejantes; los enérgicos fríos, los flemáticos y también los déspotas y los fanáticos, los idealistas despiadados y crueles. En materia de arte—pongamos por caso—iría desde el patético o trágico hasta el frío artista de la forma; en política y religión, desde el místico apasionado hasta el idealista seco tipo Robespierre; desde el que «teje la seda de su propia alma» encerrado en su autismo hasta el militante exaltado que quiere hacer perecer al mundo para que se salve un principio.

Todavía, entre ambos tipos extremos hay algunos que presentan lo que Bleuler ha denominado «ambivalencia» porque fluctúan entre uno y otro polo.

Desde el punto de vista de su conformación o aspecto orgánico, los esquizóides tienden, según Kretschmer, al tipo endeble o asténico: son más bien estrechos, delicados, angulosos, enjutos.

En cuanto al otro temperamento, el ciclotímico, propiamente a fundirse con el ambiente, con el mundo y la realidad. Presenta una mentalidad abierta, social, espontánea y natural. Corresponde a los hombres vivos, de acción, emprendedores, prácticos, vividores o sensuales: políticos, comerciantes, intermediarios hábiles, escritores realistas o humoristas, pensadores concretos organizadores; aquellos—diríamos nosotros—que Spengler ha llamado «los hombres de los hechos», contraponiéndolos al «hombre de la verdad», que vendría a ser el esquizoide: filósofos, científicos, religiosos.

Por lo que hace al tipo físico, el ciclotímico se inclinaría de preferencia al que Kretschmer denomina «pícnico», o sea al sanguíneo, corto, de color fresco; al tipo plácido, en una palabra.

Sin embargo, en las alternativas de depresión, puede llegar a la lentitud, la tristeza y la morosidad del melancólico.

La clasificación anterior, pese a su dualidad aparentemente sencilla, resulta complicada y heterogénea por las triples combinaciones a que da origen en lo referente a los estados afectivos, al ritmo psíquico y a la estructura corporal, sin contar todavía las gradaciones dentro de cada grupo. Ha impreso, con todo, honda huella en la caracterología contemporánea, por más que los franceses se empeñen en resistirla, sosteniendo

—entre otras cosas—que la esquizotimia no es en el fondo otra cosa que la psicastenia de Janet y la emotividad de Dupré.

Sobre análogas bases bio-psicológicas ha creado Pende, sus bio-tipos particulares, sosteniendo que hay estrechos y múltiples puntos de contacto entre la vida física y la espiritual y también la colectiva. La Bio-tipología, de que se considera fundador, vendría a ser para él la ciencia que nos ilumina acerca de las predisposiciones morbosas o adquiridas que comporta todo organismo humano y que determinan, precisamente, su variedad infinita.

Como fórmula sintética de sus conclusiones, el profesor Pende hizo esculpir hace dos años en su clínica de Génova la siguiente hermosa leyenda: «No hay perfección verdadera de la personalidad humana sino a condición de que se realicen las cuatro armonías biológicas: la *belleza*, que es la armonía de las formas; la *salud*, que es la armonía de las funciones; la *bondad*, que es la armonía de los sentimientos, y la *sabiduría*, que es la armonía de la inteligencia».

En lo que respecta al estudio de los temperamentos, las clasificaciones de Pende se basan esencialmente en la biología y en particular en las funciones de secreción interna. Son de hondo interés en la patología y en la Criminología, pues, según se sabe, el gran profesor italiano ha dedicado atención preferente a las relaciones entre la criminalidad y la endocrinología. Pero por ser excesivamente técnicas y biológicas, las dejaremos para mejor oportunidad, y pasaremos a ocuparnos de otras doctrinas netamente psicológicas.

Se destaca entre ellas la del sutil psicólogo suizo C. G. Jung, que acaba de ser agraciado con el premio anual de la Academia de Zürich. Atiende Jung para diversificar los caracteres, a la actitud espiritual del individuo en presencia de los factores que lo estimulan. Según él, algunos se dejan influir por los hechos exteriores; otros, por los internos o subjetivos, en tanto que el resto, tal vez los más numerosos, se sienten determinados indistintamente desde dentro y desde fuera, por lo mismo que son poco diferenciados.

Los primeros, a quienes llama *extravertidos*, se caracterizan desde niños por su rápida adaptación al ambiente, por la atención que consagran a los objetos y su acción, por la facilidad con que se acostumbran a lo fortuito y a lo desconocido. No conocen el temor y tienen confianza ciega en su trato con las

cosas. Más tarde, de adultos, tenderán a ser sociables, activos, expansivos, inclinados a mezclarse en la vida y aún en la aventura, olvidando su propia personalidad y desarrollando su vida psíquica en el exterior. Entre ellos se cuentan los cordiales, despreocupados, comunicativos, alegres, vividores, los que se hacen rápidamente de relaciones y de amigos. Podría decirse que obran primero y piensan después, cosa que hace rápida e inmediata su acción.

El *introvertido*, por la inversa, adopta ya de niño una actitud defensiva. Los objetos desconocidos lo asustan. No se aventurará sino en su propio camino y después de un minucioso reconocimiento de las cosas y de adquirida la seguridad respecto a ellas. Temerá a los extraños y le costará intimar con ellos. Mayores, tenderán siempre a la vida interior, al reconcentramiento, al análisis, explorando aquel fuero íntimo «donde busca asilo la casta de los Hamlet». Se refugiarán en la torre de marfil de esa región interior donde—según el poeta—«todo está inmóvil y todo es eterno». No se fundirán ni vibrarán con el ambiente sino más bien sufrirán con sus rozamientos. Les faltará cordialidad, entusiasmo, impulso y a las mujeres, la gracia. Carecerán de «humour» y las bromas les sabrán a menudo a alusiones molestas. Más bien severos y absolutos, se inclinarán al fanatismo, a la intolerancia y a la rigidez, cuando nó a la mojigatería. En cambio, podrán ser creadores, pensadores, sabios destacados, estadistas fríos. Siempre meditarán y se recogerán antes de obrar, con lo cual retrasarán necesariamente la acción, apareciendo como en actitud de irresolución o incertidumbre.

Si para aclarar ideas, se me permiten ejemplos concretos, y a riesgo de parecer irreverente, opondré al tipo introvertido de los Hoover o Coolidge reconcentrados, reflexivos, analistas, severos y rígidos, el extrovertido de ambos Roosevelt, el último de los cuales realiza el verdadero milagro de superar su invalidez a fuerza de expansividad y de dinamismo cordial. Y acaso entre nuestros propios mandatarios sucesivos no sería difícil diferenciar los de uno y otro tipo.

Pero ahondando más en la doctrina de Jung se encuentra uno con que para éste no hay que mirar la introversión o la extraversión como una actitud simple, invariable o total, que sólo se presenta en limitados casos. En psicología los simplismos y generalizaciones resultan un poco pueriles. Lo que ocurre

en este caso es que por lo general el individuo es introvertido o extravertido bajo ciertos y determinados aspectos.

En efecto, el psiquismo consciente es una especie de aparato de adaptación u orientación compuesto de funciones psíquicas diferenciadas. Las más fundamentales son la percepción, el pensamiento, el sentimiento y la intuición. Las percepciones comprenden las sensaciones de la realidad concreta, como las de la vista, oído, tacto. El pensamiento es la función que permite el conocimiento y los juicios. Por sentimiento se entiende la función subjetiva de atribuir valores o preferencias, y por intuición, una comprensión inconsciente que, prescindiendo del mecanismo del raciocinio, nos revela las posibilidades más o menos ocultas de una situación.

Desde este punto de vista, según si predomine una u otra de tales funciones, será desde luego el tipo del sujeto. Así, hay gentes que se limitan a percibir sencillamente la realidad concreta, sin detenerse en su valor sentimental o en sus posibilidades; son los hombres sensoriales. En otros predomina el intelecto y están siempre ávidos de ejercitar el pensamiento (Pascal y Descartes, entre los más ilustres). Necesitan encuadrarlo todo en la lógica y el raciocinio, desplazando el sentimiento tan nocivo al pensamiento puro: constituyen el tipo intelectual. Otros se dejan llevar por el sentimiento y únicamente les interesa lo agradable o desagradable de las cosas o personas: son los sentimentales, que por su parte alejan el intelecto, fatal para los efectos, de por sí caprichosos e irracionales. Por último, los intuitivos no se cuidan de las explicaciones o sentimientos y se absorben ante las posibilidades que entraña en el fondo una cosa o situación cualquiera.

Si ponemos el ejemplo de un viajero, tendremos que el sentimental se moverá por simple placer, siguiendo sus gustos y preferencias y un poco al azar; el intelectual seguirá una línea lógica, trazada de antemano; el sensorial, para empaparse de sensaciones, y el intuitivo, para ahondar posibilidades o situaciones nuevas.

Más concretamente, todavía y tomando—para aclarar ideas—como ejemplos algunos de los visitantes destacados que hemos tenido en los últimos tiempos, podríamos decir que Paul Morand, el autor de ese prodigio de descripción visual que es «Aire Indio», encarna el tipo esencialmente perceptivo, lo mismo que García Sanchiz, quien con la música de su palabra nos hacía vivir los espectáculos y panoramas que había pre-

senciado. Keyserling, Ortega y Gasset y Waldo Franck representarían el tipo intuitivo, sobre todo el primero, que instantáneamente se adentra en la comprensión de un pueblo, una raza, un idioma. En cuanto a los sentimentales, tenemos a la intrépida Rosita Forbes, en eterna caza de agrados y novedades y que al igual de tantos otros como Amiel, consideran hasta el paisaje como un «estado de alma», y por lo que toca al intelectual puro, lo encontramos en muchos de los hombres de ciencia que han pasado por estas aulas.

Y aquí me será permitido señalar cómo coincide esta clasificación con las observaciones empíricamente hechas por escritores y ensayistas acerca de la psicología de ciertos pueblos. Aunque pecando de exceso de generalización, algunos han agrupado, así, a ciertas naciones o razas dentro de categorías como las que acabamos de ver. Tal lo ha hecho, verbigracia, Madariaga al demostrar hasta qué punto el francés es esencialmente lógico, amigo del orden, de la claridad: tipo intelectual, podríamos decir. En cambio, el español es en su esencia pasional o sentimental; los valores que en él predominan son los afectivos: el concepto de la lealtad, del honor, de la caballerosidad—encarnado en el Desfacedor de entuertos y descabellado campeón de viudas y oprimidos—y del misticismo apasionante a lo Santa Teresa. Los ingleses son los hombres de acción, sensoriales e intuitivos. Los alemanes serían, en mi concepto, intuitivos y sentimentales, y acaso en esto radica en el fondo la trágica desinteligencia que lo distancia del pueblo raciocinante y lógico que es el francés. Creo que muchas veces los conflictos entre las naciones son de índole no solamente política o económica sino también psicológica.

Podría sostenerse que las propias lenguas evidencian la correspondiente psicología racial. Así, el sonoro, enfático y pomposo español de la gesta y la epopeya contrasta con el transparente y sutil idioma galo de la ciencia y de la lógica; con el complicado alemán de las honduras e intuiciones psicológicas o con el conciso y ecléctico inglés de los «pioneers» de la acción.

En cuanto a nosotros, formamos en la legión sudamericana, que para muchos es la del hombre emocional y primitivo, heredero del español apasionado y del nativo melancólico. Para Keyserling, la psicología indo-americana estaría dominada por el primitivismo de la personalidad, con todas sus cua-

lidades y defectos, y cuanto más próxima a los orígenes de la vida, tanto más exclusiva.

Considera el filósofo de Darmstadt que nuestro temperamento se desarrolla en una esfera cuyo eje descansa por una parte en el pudor y por la otra en el recelo; es decir, en pleno mundo emocional. En nuestro Génesis no deberíamos leer: «En el principio fué el Verbo» sino «En el principio fué la susceptibilidad», observación en que, por lo demás, concuerda con Ortega y Gasset. Preferimos la perifrasis a la verdad, con tal que no toque nuestro amor propio; y todo, hasta los problemas económicos, lo vemos a través del prisma emocional, por no decir de las pasiones.

Según él, nuestra modalidad latinoamericana puede resumirse en una palabra reveladora: la palabra «gana», por excelencia emotiva o instintiva: «no tengo gana», «no me da la gana». Mientras tanto, es para otros, como García Calderón, el satánico vocablo «acción» la palabra específica de Europa. ¿«Qué de extraño tiene entonces—podríamos agregar—que el europeo de la fuerza y de la técnica prevalezca sobre nuestro indígena de la líbido y del «pathos»?

Tales divergencias entre las disposiciones espirituales de las diversas razas permite también explicar la honda incompreensión entre ambas Américas. Pudimos palparla prácticamente, pongo un caso calificado, en la pasada cuestión plebiscitaria, que siendo para los árbitros flemáticos simple problema jurídico, nunca logró ser resuelta por ellos. Tenía que ocurrir así puesto que para los pueblos en litigio el eje de la contienda era, como siempre, el sentimiento exacerbado.

Pero los conflictos de nuestra raza emotiva son también intestinos, y este mismo predominio de lo sentimental puede dar la clave de la extraña anomalía en virtud de la cual naciones de igual tradición, cultura e idioma, como las sudamericanas, se entiendan tan poco entre ellas y vivan a veces distanciadas por odios que nada parece justificar. Bien claro lo estamos viendo en el Chaco y en Leticia.

Con todo, tampoco los europeos parecen entenderse mejor. ¿Será porque la guerra ha hecho renacer en ellos la personalidad primitiva?

Pero dejémonos de divagaciones y volvamos a Jung. Veíamos que para éste la introversión e extraversion no son absolutas o totales sino que pueden afectar a ciertas funciones

de las aludidas y nó a otras, y ser un individuo—pongamos por caso—introvertido intelectual y sentimentalmente extravertido. Más bien habría, entonces, tipos funcionales de uno y otro carácter.

Sin tiempo para entrar más a fondo en las interesantes doctrinas de este psicólogo eminente, diré que para él el antagonismo de los tipos no produce solamente conflictos entre los diversos hombres (entre Quijotes y Sancho Panzas, digamos) sino que la pugna entre las disposiciones de un mismo individuo, o sea el llamado problema de «la oposición interna», determina luchas íntimas que son causa frecuente de enfermedades nerviosas y de sufrimientos espirituales. Hamlet, en su inacción desesperada y contradictoria, podría en mi concepto encarnar uno de tales conflictos, lo mismo que el Fausto, como en forma más simplista lo simbolizaría la dualidad del «Dr. Jekyll y Mr. Hyde» o del Procurador Hallers.

Haremos de paso notar, con Jung, la frecuencia con que un tipo de predominancia extravertida tiende a unirse en matrimonio a uno introvertido, como para completarse mutuamente y realizar de manera instintiva la simbiosis perfecta. Agregaremos que mientras cada uno respete las modalidades del otro y se absorban juntos en la tarea común, todo marchará bien. Pero la cosa cambiará por completo a poco que alguno se empeñe en «comprender» a su compañero y se descomida en forzar sus puntos de vista, porque resultará que en el fondo no se han entendido nunca, como que hablan idiomas diferentes y lo que para uno es capital, carece de importancia para el otro. Y sólo entonces vendrá a aparecer la incompatibilidad de caracteres, a los veinte o más años de matrimonio.

Pero la verdad es que el respeto de la personalidad ajena es tanto más difícil cuanto que nadie se conoce exactamente a sí propio y el colérico se cree apacible y el optimista, melancólico, mientras el porfiado se asombra de la testarudez de los demás...

Por eso se ha dicho que «cada uno de nosotros distingue, nó el universo, sino «su» universo; nó la realidad desnuda, sino lo que su temperamento le permite apropiarse de esa realidad. Aún las obras consideradas de pura ficción vendrían por esto a tener mucho de autobiografía.

No podemos terminar este trabajo sin mencionar las doctrinas de Adler, prominente psicólogo que encabeza con valen-

tía la lucha contra las teorías que basan los caracteres en factores constitucionales, en tendencias congénitas, en reflejos, secreciones, etc. Su tesis, netamente psicológica, subordina toda la conducta del individuo, todo su plan o método de vida, a las reacciones producidas por sus primeras experiencias. Según él, lo de la herencia de los estados psicológicos enfermizos, como la locura del genio, es simple superstición científica, y de aquí que esté de acuerdo con lo que la experiencia viene enseñando desde tiempo inmemorial: la eficacia de la vida familiar y de la influencia materna y, en seguida, de la escuela, que corrige las posibles deficiencias de aquélla.

La actitud del individuo frente a la sociedad; el género o amplitud de su capacidad de rendimiento y su manera de confrontar al otro sexo, sintetizados, respectivamente, en la aptitud social, la capacidad de trabajo y el amor, serían funciones muy variables y sus desviaciones se deberían a mala preparación del sujeto en su primera infancia.

La finalidad individual tiene que ser adquirir la supremacía, la seguridad en presencia de los ataques de la naturaleza y del hombre. Esa finalidad dominaría desde la infancia, toda la actividad mental y física y es el sentimiento de inferioridad en tal lucha, que tiende a asaltar al niño, el que debe ser compensado o corregido con lo que llama la voluntad de dominación o superación.

Todas las tendencias del hombre quedarían sujetas al plan vital que él mismo se traza teniendo en vista sus posibilidades personales. Así, un órgano o una constitución defectuosa o débil, una falta o exceso de estatura, por ejemplo, puede conducir, ya sea a esa reafirmación viril a la cual el defecto sirve como una especie de estímulo o tónico para compensar la deficiencia; ya sea a una pérdida de la confianza en sí propio que deprimirá toda su vida psicológica determinando una serie indefinida de inhibiciones, una actitud cohibida o vacilante; ya, por último, llevarlo a la neurosis, que pasaría a constituir algo como un refugio cómodo, una especie de «pis aller» ante la insuficiencia de sus propias facultades.

Los niños educados duramente, sin afectos y sin calor, pueden sufrir también esas consecuencias. De aquí la importancia capital de la madre, llamada precisamente a desarrollar la confianza en sí propio, la aptitud social, so pena de que nazca en el sujeto la tendencia al aislamiento, al egoísmo, esto es,

el sentimiento o complejo de inferioridad, semejante al que Janet ha llamado «de incompletud».

Pero a la inversa, también pueden los mimos excesivos llevar a igual resultado, como consecuencia de la influencia inhibidora de la madre que ahorra todo esfuerzo o iniciativa al hijo, quien más tarde experimentará indefenso los rudos embates del vivir.

Ambos sistemas defectuosos conducen a la desestimación propia, al descorazonamiento fácil y asimismo a la mala evaluación de los demás.

De modo, entonces, que para Jung la línea de acción, la disposición vital quedaría fijada muy precozmente, resultando estériles los esfuerzos ulteriores encaminados a alterar esa conducta o plan de vida.

El sentimiento de inferioridad puede traducirse en las más variadas formas: en el mismo orgullo o vanidad exasperada; en la susceptibilidad, que es siempre síntoma de una desvaloración; en la envidia, en las psicosis; en el desaliento progresivo; en la pereza, o bien en el simulacro de actividad estéril del que aparenta hacer algo para disimular su actitud titubeante. Otro de sus derivados sería la superstición o el fetichismo, que induce a afirmar en puerilidades exteriores la falta de seguridad íntima.

La reacción compensadora producida por el complejo que nos ocupa puede, según otros psiquiatras como Levy-Valensi, determinar además el fenómeno consolador y ficticio que éste ha denominado el «bovarismo», expresión tomada del conocido y famoso personaje de Flaubert. Tal deformación «bovárica» lleva a algunos ansiosos a disfrazar la realidad para convertirse en especies de héroes de novela, creándose una personalidad artificial basada en una ficción, a la que se aferran desesperadamente cerrando cada vez más los ojos a la verdad: bovarismo sentimental, como en la heroína de Flaubert, en el Caballero de la Triste Figura o en los delirios de maternidad de las solteras; bovarismo intelectual, como en el caso del farmacéutico M. Homais o en las mujeres sabias de Molière; bovarismo de la voluntad, en los simuladores de energía, como los que cantan para no temblar o acostumbran hablar recio para aparentar fortaleza.

Mauriac ha escrito: «Sólo la ficción no muere... Ella entreabre en la vida del hombre una puerta por donde huye, a espaldas de todo control, su alma desconocida».

Volviendo ahora a nuestro complejo de inferioridad, agregaremos que, tan fácil es despertarlo en el niño, que siempre resulta venenoso para éste ser objeto de cualquiera clase de burlas.

Los sentimientos no tendrían—según Adler—la importancia que les atribuye la psicología clásica. No determinarían la acción, sino serían más bien signos secundarios reveladores de que el individuo acepta o no acepta la tarea que le presenta la vida.

Llega nuestro psicólogo en su sutileza hasta deducir de la actitud general de un sujeto si ha sido educado sin amor; si ha arraigado en él dicho complejo de inferioridad o si ha reafirmado su virilidad, su voluntad de superación y de valer. Los detalles más nimios constituyen valiosos indicios. Así, hasta la propia manera de dormir de un individuo revelaría su actitud vital: los deprimidos o angustiados se cubrirán hasta la cabeza con las ropas, a la manera de un puerco-espín en su armadura, como en posición de defensa; en tanto que quienes reivindicaron su virilidad en la «männlicher protest» no encuentran bastante sitio para estirarse...

Si miramos, ahora, a la mujer, que la civilización actual más bien rebaja y desestima, necesitaría afirmar con mayor fuerza su voluntad de poderío. Para Adler, su voluntad de compensación se revelaría hasta en su deseo actual de imitar los hábitos, actitudes y vestimentas masculinas. En tal caso, hasta en los tacos mismos—sería de agregar—podría verse su anhelo de compensar una deficiencia de tamaño. Pero seriamente, ese sentimiento oscuro de descontento por su subordinación produciría una fermentación que perturba su sentimiento social, impidiéndole desenvolver todas sus capacidades y su valer, en el arte y en la ciencia y aún en el amor y la maternidad, y determinando neurosis, perversiones y conflictos.

Hacemos escarnio, con verdadera inconciencia, de la delicadeza femenina. Así, un niño no debe jugar con niñas. Se le echa en cara que parecen mujercitas. Un «hombre» no hace ésto o aquello. Y en Chile tenemos una exclamación típica para enaltecer cuanto conceptuamos digno, esforzado o valiente: ¡Eso es de hombre! decimos... Acaso se basa lo anterior en el concepto un tanto «amatonado» de la virilidad que predomina entre nosotros. Entre tanto, al ver el heroísmo denodado y silencioso con que nuestra mujer, especialmente en las clases populares, batalla y se sacrifica por sus hijos y por el marido,

en lucha permanente incluso a veces contra éste mismo, deberíamos en justicia exclamar con intención análoga exaltadora: ¡Eso es de mujer!...

Lo más curioso es que, según Adler, precisamente el sentimiento de incompletud es el que determina la mentalidad misógina. Quienes desprecian a ésta atribuyéndole toda clase de defectos (Schopenhauer, Strindberg, Gogol) son víctimas de su propia incompletud psicológica subconciente, por más que disfracen tal insuficiencia bajo el manto de una falsa piedad. Hay que desconfiar, pues, de ellos porque les falta algo; por lo menos, la seguridad viril.

Como se ve, las teorías de Adler tienen un gran valor de originalidad y al mismo tiempo de reacción contra el fatalismo o determinismo de los temperamentos congénitos que predominan en la psicología individual o concreta. Presentan puntos de vista nuevos y rectifican exageraciones unilaterales, aportando luz propia.

Va siendo hora de terminar.

Podrá apreciarse, por lo dicho, cuán dificultosa tarea es ésta de sintetizar o presentar esquemáticamente, en contadas palabras y escaso tiempo, doctrinas bastante complejas expuestas en volúmenes. Pasaré por alto otras teorías psicológicas sencillas y atrayentes, que acaso por su misma simplicidad van considerándose inadecuadas a medida que se aprecia más y más cuanto de oscuro, sutil y enmarañado tiene el espíritu del hombre.

Aunque confieso que me seduce particularmente la teoría de Jung, no creo que ninguna de las reseñadas posea la verdad total y pienso que más bien de la fusión armónica de varias de ellas pueda resultar un día la orientación definitiva de la caracterología.

Ya esa fusión comienza a divisarse en varios aspectos de doctrinas que pudieran parecer a primera vista discrepantes o inconciliables.

Así, hemos podido ver que la disposición esquizoide de Kretschmer tiene numerosos rasgos comunes con los tipos de introversión, y la paranoia vendría a ser como el extremo patológico de la misma. Por su parte, la disposición ciclotímica podría refundirse con la extravertida, que aparece en mi concepto más conforme con el carácter normal, el que no presenta a mi juicio con tanta frecuencia fases tan opuestas en la acti-

vidad. Estas alternativas de la ciclotimia son más propias de la psiquiatría.

Tendríamos de ese modo como base de clasificación dichas dos grandes tendencias efectivo-activas.

Las nociones de Alder vendrían a quitar al conjunto la característica de fatalidad congénita, dando la importancia capital que merecen las experiencias y enseñanzas de la primera edad y el rol de la madre, la familia y la escuela en la actitud vital del individuo.

Se apreciarán en el futuro en lo que valen, por otra parte, las doctrinas de Freud, en especial dentro de la psicología infantil y de las neurosis, y el psico-análisis constituirá debidamente utilizado, un método valioso de exploración y tratamiento psíquico. Será depurado de extravagancias, como las que se relacionan con la ubicuidad y prepotencia de la libido, y la investigación analítica encontrará también eficaz aplicación en la Justicia, rama que tanto nos interesa en esta casa universitaria.

Los jueces habrán de ser entonces, más que juristas abstractos, psicólogos avezados y prácticos, y rotos los cartabones rígidos que hasta hoy prevalecen, sólo se concebirán las penas o represiones individualizadas al amplio arbitrio del magistrado, no justificándose sino la condena discrecional o la indeterminada.

Nos aguardan, pues, mejores tiempos gracias al progreso de las ciencias psicológicas y de la misma caracterología. La comprensión cabal del hombre, o sea del semejante, impregnará entonces de mayor cordialidad y de mayor justicia las relaciones humanas. Por algo dijo el filósofo: «Comprender es perdonar». Y, podría agregarse, es también corregir y mejorar.

Hagamos votos porque así suceda.

